

MAESTRO

Entonces, también le corresponde á usted venir.

JUAN

Le acompañaré á usted; pero vuelvo á repetirle, neutral, para que no digan.

MAESTRO

Todo lo neutral que usted quiera. Andando.

MANUEL

¿No le parece á usted bien que yo vaya?

MAESTRO

No; tú á preparar los cuadros. Y acuérdate de Rafael, cuando le presentaron á Miguel Angel.

(El señor Maestro y el señor Juan salen.)

ESCENA VII

ROSA, MANUEL, ISIDRO y JUANILLO.

MANUEL

Madre: ¿pero qué les voy yo á enseñar á esos pintores?

ROSA

¡Qué sé yo, pobre de mí! Todo lo que has hecho; á los maestros no se les debe ocultar nada.

MANUEL

Si todos son estudios, y nada más.

ROSA

¿Y los cuadros?

MANUEL

Si no están más que empezados.

ROSA

¿Y la Virgen que está llorando?

MANUEL

Se reirán de ella.

ROSA

¡Qué se han de reir, bobo! Ya verás; déjame á mí. Juanillo: trae ese cuadro que está en la alcoba; el que á mí me gusta más.

(Juanillo entra corriendo en la habitación.)

MANUEL

Pero si es el primero que hice.

ROSA

Mejor; ya verás cómo se quedan encantados en cuanto le vean. Es la imagen más devota que he visto en mi vida; si estuviera en un altar, haría milagros.

ISIDRO

Y el hombre que está amasando, ¿no le sacáis?

MANUEL

No.

ISIDRO

Como quieras; lo decía porque es de mi oficio.

JUANILLO

Aquí está; la Madre de Dios se ha aparecido.
¡Qué guapa es! ¿No es verdad, Isidro, que es muy guapa?

ISIDRO

Calla, que tú no entiendes de eso.

ROSA

Ahora trae aquel otro de mi cuarto, el que mira hacia todos lados.

(Juanillo sale á buscarle.)

MANUEL

Pero, si ese...

ROSA

Ese está muy bien.

MANUEL

A usted todos le parecen muy bien; pero ellos no los mirarán como usted.

JUANILLO

(Entrando.) Aquí está la otra imagen.

ISIDRO

No corres tanto cuando hay que llevar tortas.

MANUEL

(Colocando los cuadros.) Póngamelos aquí, que tendrán buena luz.

ROSA

(Volviéndolos del revés.) Así.

MANUEL

Pero, ¿por qué los vuelve usted del revés?

ROSA

Porque luego los pondré de frente y les darán más golpe cuando los vean.

MANUEL

Está bien.

ROSA

¿Quién me había de decir, antes de nacer, que algún día iba á enseñar cuadros? Las madres no empezamos á andar hasta que nos guían los pasos de los hijos.

MANUEL

¡Pobre madre!

ROSA

Y ahora que ya tenemos los cuadros, ¿por qué no te arreglas un poco para recibir á todos esos señores?

MANUEL

No, eso no; bien estoy como estoy.

ROSA

(Arreglándole.) Siquiera el lazo de la corbata. Así.
¿No estás contento?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

MANUEL

Mucho; pero estoy inquieto de la misma alegría.
¿Qué pasará?; ¿qué van á decir?

ROSA

Vamos, no cabiles, y sosiégate.

MANUEL

Madre: hoy me juego la suerte de la vida. Ya ha oído usted al señor maestro: según lo que digan estos pintores, me pueden salvar ó me pueden perder.

ROSA

¿Por qué dices eso?

MANUEL

Porque es así; sé que es así. Si no me pensionan, aquí me quedo para siempre jamás, á morir de tristeza en el pueblo.

ROSA

¿Morirte por quedarte aquí?

MANUEL

Y si me pensionan, si puedo volar como ambiciono, no habrá llanura bastante ancha para el vuelo que voy á dar.

ROSA

¿Ves cómo llega lo que yo te decía?; ¿ves cómo se marchan los hijos pintores, para ir á ese no sé dónde de que yo te hablaba?

MANUEL

¿No quiere usted que sea feliz?

ROSA

¡Y me lo preguntas!

MANUEL

¿Quiere usted que me quede?

ROSA

No lo sé.

MANUEL

¿No ve usted que la tierra es mucho más grande que este rinconcito de tahona?

ROSA

Es verdad; es mucha verdad.

MANUEL

¿Quiere usted dejarme morir en este rincón?

ROSA

¡Qué he de querer que tú te mueras, si sólo el oírtelo decir ya me espanta! (Llorando.) Tienes razón, no es á ti á quien te toca morirte.

MANUEL

Pero si será un bien para todos: si seremos felices, madre, ¿no querría usted que viniesen?

ROSA

(Llorando.) No me preguntes más, que me matas: que tarden en venir... pero que vengan.

ESCENA VIII

DICHOS, *el MAESTRO, SEÑOR JUAN, CARMONA, TRILLES y ALBERTO.*

JUANILLO

(Desde la puerta.) Ya están aquí, ya están aquí.

ROSA

¿Ya? Recíbelos tu, hijo, mientras quito el polvo á los cuadros.

MAESTRO

(Al señor Trilles, entrando.) Pues sí, señor, usted, como crítico, ya sabe quién era el gran Ricci, y quién era Juan de Toledo, el primer pintor de batallas.

TRILLES

Les conozco de nombre.

MAESTRO

Yo ya le he dicho á usted que soy partidario de lo que se llama sublimidad.

TRILLES

Estoy seguro de que usted y yo acabaríamos por entendernos.

MAESTRO

(A Carmona.) Pase usted, y entre usted el primero; le corresponde á usted, señor Carmona.

ROSA

Pasen ustedes, y siéntense.

CARMONA

Nada de cumplimientos: los pintores no hacemos cumplidos; estamos acostumbrados á todo.

ROSA

Siéntense ustedes y perdonen, que todo está lleno de harina.

CARMONA

Sí, ya veo que son ustedes tahoneros. Si un hijo de usted quiere ser pintor, como dicen, al menos no le faltará pan.

TRILLES

Cierto.

(Sentándose al lado de Carmona.)

ALBERTO

(Quedándose detrás.) No todos podemos decir lo mismo.

MAESTRO

Aquí tienen ustedes al aprendiz, al aficionado á las artes plásticas; este es el muchacho que les decía.

MANUEL

Bien venidos, señores.

MAESTRO

Y aquí tienes á estos grandes artistas, muchacho, que vienen á esta choza; aquí el señor Carmona, eminente Apeles; el señor Trilles, el gran crítico, y este joven que...

ALBERTO

Por este joven no se apure usted: soy el último mono de la compañía.

MAESTRO

(Riéndose.) Pero también artista.

ALBERTO

Artista de solemnidad; pero no se apure usted por mí, que no hago más que servir de fondo.

(El Maestro se sienta.)

CARMONA

(Por el señor Juan.) Y este señor, ¿también es de los nuestros?

JUAN

¿Yo?, ¡quíá! Yo soy el amigo del difunto.

CARMONA

(A Manuel.) Bueno; ya sabe usted á qué hemos venido: el señor maestro nos ha hablado de que dibuja usted y pinta, y para eso venimos, á ver lo que usted hace, y si podemos darle un consejo, dárselo.

MANUEL

Yo, créanme ustedes, no me hubiera atrevido á hacerles venir; pero...

TRILLES

¿Por qué?

CARMONA

¿Es que le da á usted vergüenza?

MANUEL

Por mí no: por mis obras.

CARMONA

Vamos, hombre; con nosotros puede usted tener confianza. Los pintores somos como una familia.

ALBERTO

Sí: un poco desunida.

CARMONA

No: un mucho.

TRILLES

Pero eso cae por fuera. ¿Y qué maestros ha tenido usted?

CARMONA

¿Y por qué ha de haber tenido maestros? El mejor maestro es uno mismo.

TRILLES

Hombre, yo creo que el artista nace; pero también se hace.

MAESTRO

Acaso no me esté bien el decirlo; pero el único maestro que ha tenido soy yo. Y si no le he formado á mi modo es porque yo tengo mi estética, y él...

CARMONA

No le preocupe á usted la estética. (A Manuel.) ¿Cómo le empezó á usted la afición?

ROSA

De niño: ya cuando era así hacía unos adornos que nos quedábamos embobados.

MANUEL

Madre...

CARMONA

Déjenselo decir á él: siempre es interesante saber cómo viene una vocación.

MANUEL

Mi madre dice bien: fué como un afán que me entró de recordar todo lo que veía; pero así como las criaturas quieren recordar las palabras, yo quería recordar las líneas, los colores y, sobre todo, la expresión; en vez de letras hacía rayas, y antes de leer ya escribía.

TRILLES

Muy bien.

MANUEL

Después empecé á ir á la escuela, y el maestro me hacía copiar estampas, láminas y esos modelos que ustedes saben. Pero, con perdón suyo, ya que está aquí presente, yo no copiaba aquello de buena gana.

MAESTRO

Hay que empezar por el principio, ¿no es así?

MANUEL

Puede ser; pero á mí me consumía los nervios aquel modo de empezar. A mí me gustaba inventar, no hacer lo que veía delante, sino lo que quería ver; no lo que tenía cerca, sino lo que tenía lejos.

CARMONA

Ya es querer, ya.

MANUEL

Después fui dos ó tres veces á la ciudad: cuando veía una exposición, me la comía con los ojos; iba siguiendo todos los cuadros uno por uno, como si fuesen flores y yo una abeja; al pronto me parecían todos bien, y hermosos, y llenos de luz; pero llegaba al día siguiente aquí, al pueblo, y cuando los volvía á recordar y los comparaba con lo que estaba viendo, con los hombres de verdad, con la expresión de la gente, con la luz del cielo y de las nubes, me parecían acartonados, negros y todos

iguales; sobre todo eso, todos iguales, como si hubiesen salido de una misma fábrica y los hubiesen pintado á tanto por hora; y entonces me entraba hambre de pintar cuadros diferentes, ó locos ó extraños ó silvestres ó como saliesen, pero que no fuesen de molde.

CARMONA

¡Bravo, bravo! Quiere usted tener lo que se llama personalidad, ¿eh?

MANUEL

No sé lo que quiero tener; pero sí sé lo que aborrezco. Aborrezco todo lo que no es sincero, el artificio, el asunto y el hacer comercio con una cosa que á mí me parece tan sagrada como los mismos santos del altar.

CARMONA

Vamos, que para la edad que tiene usted, ya aborrece usted bastantes cosas.

MANUEL

Perdóneme usted; pero creo que tengo el deber de decir lo que siento. Yo no sé nada; pero quiero ser artista, quiero ser lo que yo entiendo por ser artista; no rebajarse á pintar cosas que el corazón no dicte.

CARMONA

Está muy bien lo que usted dice; habla usted como un libro; pero yo también tengo que decirle

á usted una cosa, aprendiz de anacoreta: tengo que decirle á usted que primero necesitaríamos saber qué quiere decir eso de sinceridad; los pintores más sinceros son los que pintan ex votos, y es porque no saben pintar otra cosa; digo á usted también que, siguiendo el camino que usted dice, es uno pobre toda la vida, y tengo que acabar por decirle á usted que todos empezamos dando un ¡viva! á la independencia; pero ¡ay, criatura inocentel, el público, los críticos, los amigos, hasta el deber y la familia parece que empujan la mano para obligarla á pintar más de prisa, y hoy una concesioncita, y mañana un resbalón... hijo mío, cuando uno se hace viejo la mano corre, corre más que la voluntad, y cuando el cerebro se entera, ya la mano se ha acostumbrado á coger los cuartos. Ante las necesidades del vivir, el artista acaba por venderse.

MANUEL

Yo no me venderé nunca.

TRILLES

Yo le apruebo á usted.

CARMONA

¿Tú? Vamos, no vengas ahora aquí á predicar; tú, que te figuras que escribes críticas sinceras, también haces tus concesiones.

TRILLES

A los amigos, no diré que no.

CARMONA

Y á los enemigos diré yo que sí. Muchas veces revientas por tabla: alabas á uno para tumbar á otro.

ALBERTO

¡Dominó!

CARMONA

Pero bueno, no hemos venido á discutir; andando, veamos estas obras.

MAESTRO

Yo, oyendo controversias elevadas me pasaría media vida.

CARMONA

Vengan, vengan los cuadros.

MANUEL

No.

MAESTRO

¿Qué dices?

MANUEL

No les van á gustar, ya lo sé.

CARMONA

¿Y cómo sabe usted que no nos van á gustar?

MANUEL

Antes lo temía... y ahora... lo temo más que antes.

TRILLES

¿Porqué dice usted eso?

MANUEL

Por nada; porque veo que los encontrarían inocentes, ex votos.

CARMONA

¡Ja, ja! ¿Se ha ofendido usted?

MANUEL

Aún no tengo derecho á ofenderme.

ROSA

¡Bah, bah! Yo los iré enseñando, si ustedes quieren, porque ya me los sé de memoria.

CARMONA

Muy bien; eso es; nadie como usted para enseñarlos.

(Mientras Rosa enseña los cuadros, el señor Juan, Isidro y Juanillo salen del fondo y, poco á poco, se acercan á mirarlos.)

ROSA

Empezaré por el más bonito, que es éste: aunque no quiera me encanto con él; si me atreviese, hasta le rezaría. ¿No les parece que da devoción?

CARMONA

(Fríamente.) Está muy bien.

TRILLES

Muy bien.

ROSA

Pues éste todavía les va á parecer á ustedes mejor. (Quitándole el polvo.) Está lleno de polvo; y es que éste á mi hijo no le gusta; dice que está demasiado bien.

TRILLES

Si es el mejor.

MANUEL

Déjelos usted, madre; déjelos en la alcoba; á estos cuadros no les va bien la luz.

CARMONA

Pero, ¿por qué?

MANUEL

Por nada: me da angustia que ustedes los miren. Parece que es la primera vez que los sacan á la vergüenza.

TRILLES

Vamos, no sea usted tan modesto.

MANUEL

Si no lo digo por modestia; lo digo porque nunca me habían parecido tan poca cosa; los miro con mis propios ojos, y, nada, me parecen ajenos.

TRILLES

Es curioso.

ROSA

Les voy á enseñar á ustedes otro, sí, señores, que no hay quien le haga mejor.

CARMONA

Es muy... sincero, y comprendo que usted le alabe.

ROSA

Ustedes perdonen que los pondere tanto. Soy madre, señores, y nosotras creo que no miramos con los ojos; debemos mirar, ó con el corazón ó con los sentimientos ó con lo que sea; pero en tratándose de los hijos, no vemos como las personas.

MANUEL

Lléveselos usted, le digo; que ya los han visto todos.

MAESTRO

¿Y la cartera?

MANUEL

¿La cartera también? Recójalo todo, que estos señores tienen prisa.

MAESTRO

No sé que le pasa hoy á este muchacho.

ROSA

Está trastornado.

MANUEL

¡Sí que lo estoy; pero ustedes perdonen.

CARMONA

No se altere usted, que yo ya comprendo estas crisis; he pasado por ellas y me hago cargo. Oígame usted un momento, artista, que no le voy á sermonear, porque á los pintores no nos está bien echar sermones: usted es romántico, y eso de ser romántico es mala cosa; tiene usted talento, no lo digo por alabarle, estoy segurísimo de que lo tiene usted; pero no tiene usted el talento práctico, y hoy —aunque amargue el creerlo— hasta para ser idealista hay que ser idealista práctico. Ustedes no son ricos, ¿verdad?

ROSA

Tenemos un pasar.

CARMONA

Entonces, me da mucha pena decirles lo que tengo el deber de decir, ya que me piden ustedes opinión: antes de decidirse á ser pintor, piénselo usted bien; el oficio es muy hermoso, mucho, visto desde fuera; al comenzar la vida le ve uno como un ideal que vuela en un carro de llamas de oro, con una aurora boreal por fondo; pero esa visión dura poco; si no tiene usted bastante talento ni bastantes músculos, caerá usted en una miseria que es la más triste de todas, la miseria vergonzante; y si

lo tiene usted, si tiene usted la desgracia de tenerlo, ¡ay, entonces! cómo se lo harán á usted pagar los amigos, los envidiosos, y hasta los protectores y los de buena voluntad. Uno lucha al principio, lucha todo lo que puede; pero después se va rindiendo, rindiendo, y cuando empieza á ser viejo, los que antes le negaban el genio, dicen que le han tenido y que va decayendo, y cuando el nombre está bien decaído y muerto, entonces sí, entonces le levantan, porque como los muertos no cuentan, no estorban á los vivos. Total: un camino de abrojos para coger una flor en la tumba.

MANUEL

Eso no puede ser verdad.

CARMONA

Ya le dirá á usted el tiempo si puede ser ó no, porque ya sé que no valen pláticas, y que seguirá usted la suya: el que quiere casarse ó ser artista, siempre que pide parecer es para que le den la razón, y si no se la dan, no hace caso. Yo ya le he dicho á usted mi opinión, y puede usted creer que es por su bien. Cúidese usted ese romanticismo, que estorba mucho en la vida, y si no quiere usted hacerme caso, ya nos veremos. (Alargando la mano á Manuel.) ¿No quiere usted darme la mano porque le he dicho lo que pienso?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

MANUEL

Que ustedes sigan bien.

TRILLES

¿Nos vamos?

CARMONA

Perdónenme ustedes todos (A Rosa.), y usted más que nadie.

(Se va.)

MAESTRO

Ya lo habéis oído; no hay nada de lo que os proponía; los maestros son maestros, y ante su parecer, los ignorantes tenemos que bajar la cabeza.

(Se va.)

JUAN

A mí no me coge de nuevas; ya me lo figuraba. Al horno, muchacho, que es lo positivo.

(Se va.)

MANUEL

No es verdad; eso no es verdad. Porque están por encima de todo no quieren mirar á los que estamos abajo.

ALBERTO

Sí es verdad lo que le han dicho á usted; pero óigame usted á mí, que no he dicho nada. Hay quien dice que ama á su arte, pero quiere que el arte le corresponda; y hay quien no espera nada y se contenta con amarle: estos son los que han hecho voto de pobreza, los cenicientos del arte, los

ermitaños de la pintura; yo soy uno de ellos. Si quiere usted venir conmigo, le haré sitio en mi guardilla; no tengo en ella muebles, pero tengo luz, y la luz también hace vivir; así es que ya lo sabe usted, si quiere usted hacer de ermitaño, tome; (Dándole una tarjeta.) aquí le guardo á usted una celda.

(Se va.)

MANUEL

No puedo; no creen en mí (Se va á llorar sobre la cartera.) Nadie, nadie cree en mí.

ROSA

Cálmate, hijo mío; yo sí creo. Si la gente que dice que lo entiende no cree, es porque no tiene corazón; pero yo sí creo.

MANUEL

(Abrazándola.) ¡Madre!

ROSA

Ve, ve adonde tengas que ir, que yo aquí sostendré la casa. Vete, que no te faltará nada.

ISIDRO

Yo soy viejo... pero no lo soy. Aquí trabajaré junto al horno. Vete á amasar tus cosas, que mientras yo viva tendrás pan.

TELÓN